

REVISTA DE LIBROS

HERNANDO, C., *Helenismo e Ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*,
Fundación Univers. Española, Seminario Diego Hurtado de Mendoza, Madrid,
1975.

La presente obra, cuyo contenido corresponde a la tesis doctoral de la autora, es el fruto laboriosamente madurado de una ardua investigación bajo la dirección del Dr. D. Luis Gil Fernández, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid. Con la dedicatoria a su maestro abre Concepción Hernando su libro. No son peregrinas ni gratuitas en esta reseña las referencias al Dr. Gil Fernández, pues a la sazón capitanea una serie de trabajos canalizados a la reconstrucción de la historia del Helenismo en nuestro país, uno de cuyos vivos exponentes en seriedad y rigor científico lo constituye este volumen.

Varios son los objetivos alcanzados en este excelente trabajo, guiado por la idea general de que «historiar los estudios helénicos en nuestro país es, además de obra de piedad con nuestros predecesores, una obligación de sano patriotismo» (p. 11). Fundamentalmente se analiza la problemática del helenismo coñida al marco del siglo XVIII, pero desde la perspectiva de un *status anterior*, el de los siglos XVI y XVII, de donde dimanan, en algunos casos concretos, las actitudes y reacciones dieciochescas. La autora ha sabido articular la temática de esta obra con un acertado criterio pedagógico, obteniendo así un perfecto equilibrio en la variada gama de la problemática.

A la primera parte —*El griego en la enseñanza*—, la Dra. Hernando dedica 78 páginas, cuyo cúmulo de datos destruye muchos tópicos que han desvirtuado nuestra imagen sobre la coyuntura del griego en el siglo XVIII. Fecha clave para el destino del griego fue el 1771 con el Nuevo Plan de Estudios de Carlos III. Aunque en honor a la verdad, la gran impronta marcada por esta fecha estaba ya gestándose unos años antes con la expulsión de los Jesuitas. La autora no sólo descubre el velo de dos siglos que cubría los documentos relativos a nuestros helenistas y a su contexto sociocultural y político, sino

que ha calado en la esencia de los mismos, extrayendo de su cotejo la otra cara del espejo, la real, que da nuevos perfiles a nuestro siglo XVIII. El carácter global, tan rico en sugerencias de esta obra, si bien no agota en profundidad algunos aspectos, arroja clara luz para ulteriores estudios monográficos más detallados y amplios.

Tras un excelente análisis de los Planes de Enseñanza, Cátedras, etc., la Dra. Hernando aborda una serie de cuestiones no menos interesantes, tales como «Metodología en la enseñanza del griego», «Los estudios gramaticales», «Estudios literarios y comentarios filológicos», «Traducciones y ediciones», «Escritos en griego» y «La paleografía y las ciencias auxiliares».

Dentro del ambiente de zozobra, por no decir de hostilidad en que lograba a la sazón sobrevivir el griego en nuestro país, algunos helenistas se plantearon con todo rigor y seriedad el problema de los métodos pedagógicos. En contraste con el siglo XVI en que la pedagogía del griego se enfoca al vano prurito de resucitarlo como lengua hablada, los helenistas del dieciocho se centran fundamentalmente en la comprensión de los textos. En este sentido el caso de Capdevila que en 1769 confiesa a Mayáns que le tienta la idea de dirigirse a éste en griego, resulta insólito. Y en realidad no lo hace ante el temor de un reproche por parte del erudito valenciano, por ser ya extemporáneos estos vanos alardes. Como fruto de este nuevo enfoque mejora la didáctica de la lengua griega. No obstante, por la tendencia a mitificar a sus predecesores se imponen en las aulas las gramáticas griegas del siglo XVI preferentemente y algunas del XVII. Destacan la de Pedro Juan Núñez y la de Pedro Simón Abril, aunque en general hubo diversos criterios e intereses al respecto en cada centro. Esta postura conservadora perjudicó sin duda a la iniciativa pedagógica de muchos helenistas. Sin embargo, por lo que respecta a su labor escrita, aun cuando el cultivo del griego fue nimio y mal considerado, ello no impidió que un buen puñado de humanistas nos legara la chispa de su acumen filológico. Un buen exponente de esto es la muestra que nos brinda la Dra. Hernando de gramáticas escolares, estudios literarios, traducciones, etc. Algunos nombres son asaz conocidos en la historia, aunque ahora se nos presentan con nuevos perfiles. Otros lo son sólo de los especialistas, y un número no menos considerable era totalmente desconocido: por ejemplo, el de Antonio Martínez de Quesada, descubierto y rescatado recientemente del olvido por el Dr. Gil Fernández. El caso del Deán Martí que, frente a su escasa repercusión en nuestro país, gozó de gran prestigio en el extranjero, no es caso insólito y único. De la lectura detenida de esta obra se desprende la injusta ignorancia nuestra que tanto agravio hace a muchos de estos genuinos eruditos. Un Berguizas o unos hermanos Canga-Argüelles, por ejemplo, apenas conocidos en nuestro país, vemos con cierto júbilo de «sano patriotismo» por nuestra parte, que aparecen mencionados por el filólogo mejicano Ignacio Montes de Oca en el prólogo a sus *Odas de Píndaro* traducidas en verso castellano, un siglo después de su total olvido en España. Montes de Oca, que trata de enmendar la plana a los mencionados humanistas dieciochescos en su nueva versión, los ha tenido en cuenta, según vemos, al cotejar su versión, que casualmente tenemos delante

al redactar estas líneas, con la muestra ofrecida por la Dra. Hernando, dada la similitud en las paráfrasis y ampliaciones.

El presente volumen recoge también textos y documentos por mucho tiempo dormidos en las estanterías e ignorados, pero que son imprescindibles para un exacto conocimiento de nuestro helcnismo. Cierra la obra una valiosísima bibliografía *ad hoc* y un índice onomástico.

Escribir obra de tal factura es tarea ardua, cuando no comprometedora, por el ingente cúmulo de documentos que ha tenido que desenterrar y compulsar la autora; tanto más, cuanto éstos se hallaban muy dispersos por nuestra piel geográfica. Pero pecaríamos de desleales a la verdad, si nuestras palabras sugirieran la idea de que su valor reside sólo en este penoso itinerario por los archivos y las bibliotecas. Porque a ello hay que unir una certera labor de jerarquización literaria y una seria actitud crítica con la consecuente taxonomía de los grados de veracidad de documentos y legajos. Por primera vez asistimos con exultante júbilo a la elaboración de una historia —*sensu stricto*— de los estudios helénicos en nuestro país.

El trabajo de la Dra. Hernando se hace, desde el mismo momento de su aparición, insustituible en su estilo y tema; es en realidad una obra clásica en este género. Por tanto, creemos honestamente, que el deseo de la autora de recuperar los documentos que corrían el riesgo de perderse definitivamente ha quedado plenamente satisfecho. La felicitamos, pues, sinceramente por ello.

No obstante, no quisiéramos cerrar estas líneas sin señalar algunos *lapsus peccata minuta*— que en nada empañan los positivos valores de esta obra. En página 24 se afirma indirectamente que Mayáns muere en 1787, siendo así que lo hace en 1781. Menos importancia tiene la vacilación al denominar «Reales Estudios / Estudios Reales» con que indistintamente se expresa la autora, al denominar los «Reales Estudios de San Isidro». En página 469 el índice onomástico remite en el nombre de Mayáns a la página 418, cuando debiera ser a la página 411.

Por otra parte, debemos señalar la pequeña laguna que supone la ausencia del nombre de Francisco Pérez Bayer en los párrafos sobre Epigrafía, Numismática, catalogación de códices, etc.; laguna que se habría subsanado de haber consultado la correspondencia Mayáns-Pérez Bayer, en estos momentos camino ya de la imprenta, gracias al profesor A. Mestre. En descargo, convendrá insistir, una vez más, en el improbable esfuerzo que supone una labor de tal índole, tanto más agravado por la coyuntura de penuria que atraviesa la investigación en España carente de la adecuada cobertura estatal. Una vez más el arduo esfuerzo personal se ha puesto al servicio de una empresa que rinde un homenaje de justicia al pasado y llena un vacío de nuestra cultura actual.